

F
1405
1933
.Z5.H9s



ALGUNOS RESULTADOS DE LA CONFERENCIA
DE MONTEVIDEO ✓

DISCURSO DEL EXCMO. SENOR CORDELL HULL
SECRETARIO DE ESTADO DE LOS ESTADOS
UNIDOS. 10 de Febrero de 1934.



ALGUNOS RESULTADOS DE LA CONFERENCIA DE MONTEVIDEO

Discurso

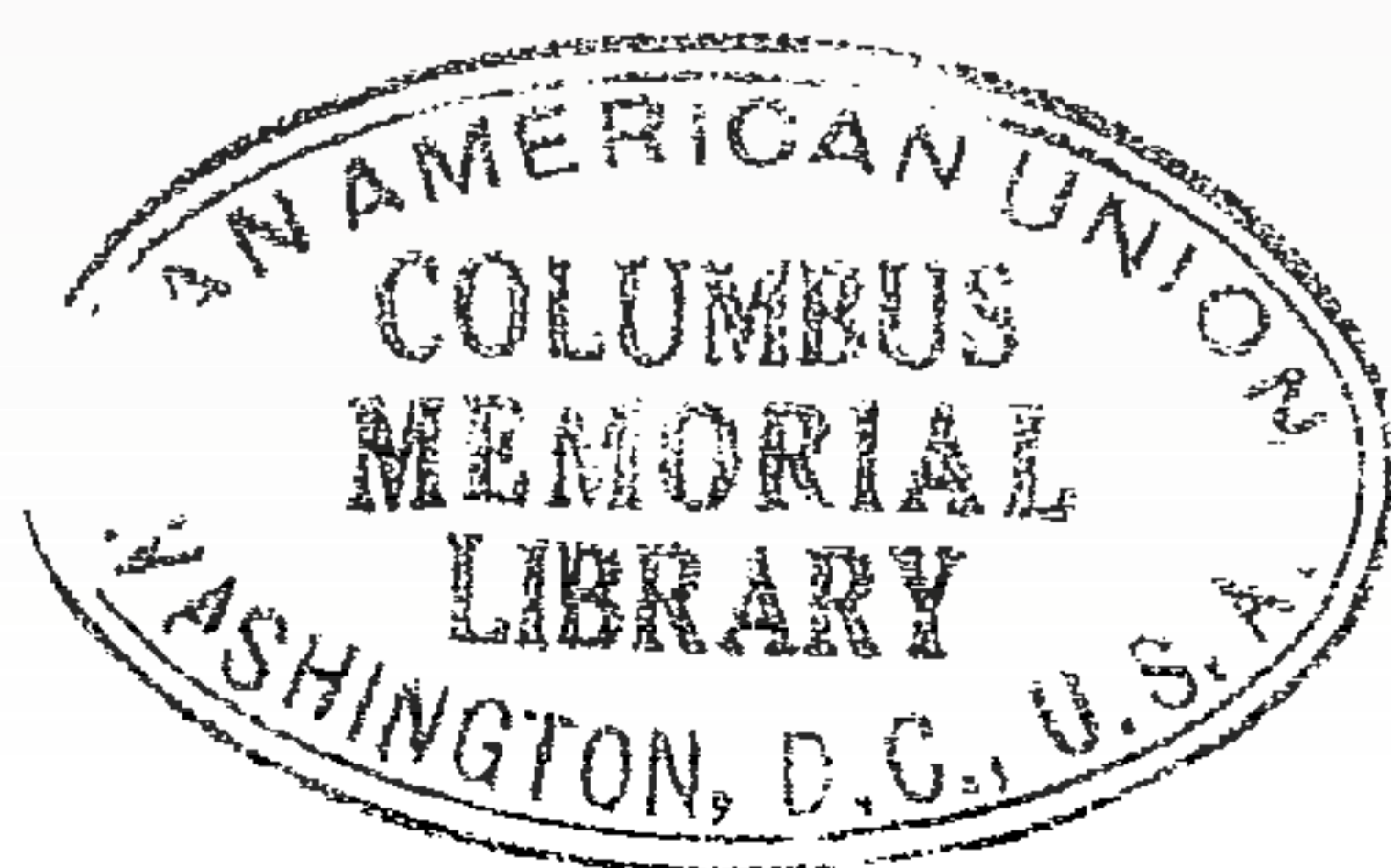
del Excmo. Señor

CORDELL HULL

Secretario de Estado de los Estados Unidos de América

pronunciado en el almuerzo ofrecido
en su honor por el Club Nacional de
la Prensa, el sábado 10 de febrero
de 1934, en la ciudad de Washington.
Radiotransmitido por la Compañía
Nacional de Radiotransmisión.

- 0 -



1405
1933
75H94

ALGUNOS RESULTADOS DE LA CONFERENCIA DE MONTEVIDEO

Discurso del Excmo. Señor CORDELL HULL,
Secretario de Estado de los Estados Unidos de América

Considero extraordinariamente satisfactorio que vuestro reiterado interés especial en las relaciones entre las 21 Repúblicas americanas sea la causa primordial que dió lugar a este agasajo. La prensa, el más poderoso agente modelador de la opinión pública, tiene correspondientemente grandes responsabilidades. Vosotros, señores periodistas, al manifestar vivo interés en la reciente Conferencia Panamericana y al buscar la manera de interpretar su verdadero significado, estáis llenando en momento sobremanera oportuno uno de vuestros deberes extraordinariamente importantes. No sólo los miembros de la prensa, sino que también todos y cada uno de los ciudadanos con suficiente discernimiento para reconocer las condiciones caóticas y vastamente complejas que existen en casi todo el mundo, tienen una oportunidad insuperable de rendir valiosos servicios a sus semejantes. Sin embargo, quienquiera que desee prestar tales servicios debe consagrar su tiempo y sus esfuerzos en mayor grado del que el público en general ha estado dispuesto a dedicar a los asuntos públicos y cívicos durante los últimos años. Los pueblos de la tierra se encuentran pagando ahora la pena que trae consigo esta negligencia del deber cuyas consecuencias son tan desoladoras y múltiples.

La Conferencia de las Naciones Americanas se reunió en Montevideo bajo auspicios del todo desfavorables. Cuatro o cinco de las cancillerías más influyentes de la América del Sur ya habían cableografiado con anterioridad a la Conferencia manifestando que no existía al presente oportunidad real para celebrar con éxito una asamblea de esta índole, y enumerando una lista formidable de obstáculos creados por las dificultades existentes en los terrenos de la paz, de la economía y de la política. En los Estados Unidos, asimismo, había muchas personas sinceras, inclusive algunos de mis amigos de la prensa, que expresaban completo pesimismo sobre los resultados de la Conferencia. La deprimente atmósfera creada por los fracasos, al menos temporales, de la Conferencia Económica Mundial de Londres y de la Conferencia del Desarme de Ginebra, ensombrecía el horizonte de Montevideo. Los economistas escépticos y los insensatos simpatizadores de la guerra lanzaron a los cuatro vientos declaraciones en el sentido de que las conferencias internacionales, como medio para arreglar problemas serios y para fomentar el bienestar humano, eran un completo fracaso. Los estadistas y los líderes de la opinión pública de muchas otras partes del mundo habían llegado a un estado de morosidad, inercia y desfallecimiento con el resultado de que las esperanzas de los amigos de la paz y del progreso y de los que luchan por una rehabilitación económica general, se encontraban a un nivel extremadamente bajo. Por otra parte, se reconocía sin reservas que las relaciones entre las Repúblicas americanas, tanto personales como políticas y económicas, no eran todo lo adecuadas que deberían ser. Los malos entendimientos, los prejuicios y los resentimientos creados en parte por propaganda cuidadosamente diseminada, y la falta de cooperación real, de valor tan extraordinario para todos los países sin excepción alguna, caracterizaban las relaciones entre muchas de las naciones de América.

Bajo estos sombríos auspicios se reunió la Séptima Conferencia Internacional Americana. En contraste con el tipo acostumbrado de conferencias en que las naciones se reúnen una sola vez y deben desempeñar una labor especialmente importante si sus trabajos han de merecer el calificativo de éxito, las Conferencias Panamericanas son reuniones periódicas que siguen programas continuados y que por lo general no requieren realizaciones aparatosas. Los delegados en Montevideo, sin embargo, comprendieron claramente que las energías directrices que siguen programas definidos de acción, se habían debilitado considerablemente en otras naciones; que estas graves responsabilidades, consiguientemente, se encontraban trasladadas a este hemisferio; y que por ello debería hacerse un esfuerzo supremo para obtener realizaciones de importancia tal que justificara las esperanzas de los pueblos desalentados del viejo y del nuevo mundos.

Tengo la convicción profunda de que los resultados de esta reciente conferencia de naciones americanas fueron de tal índole que marcan el principio de una nueva era, de una nueva época en este hemisferio; y de que, al mismo tiempo, la conferencia dió un sabio ejemplo de iniciativa vigorosa presentando un programa realmente constructivo a las fuerzas desorganizadas y desmoralizadas que luchan por la paz y por el orden económico y social en las naciones de allende los mares.

Preferiría, en realidad, que no aceptarais la crónica de los resultados de esta conferencia expresada únicamente por la delegación de los Estados Unidos y que vosotros y todos cuantos tienen amplio interés público y patriótico examinen las palabras y declaraciones de los estadistas y de los escritores de periódicos y revistas importantes de toda Centro y Sud América, muchos de los cuales habían sido poco amistosos en el pasado. Y quisiera que orientáseis vuestra opinión por la interpretación que ellos dan a las actuaciones y al significado pleno de la reunión de Montevideo.

Uno de los más distinguidos de estos escritores dijo: "Desde ahora la historia deberá tener en cuenta una nueva realidad, un nuevo factor, pleno de magnas e imprevistas posibilidades."

Otro eminente escritor que no ha sido siempre muy cordial para con nosotros en el pasado, dijo: "La conferencia terminó en una atmósfera de elevadas proposiciones, de amplia visión y de extremada cordialidad entre los Estados Unidos y los otros países americanos," -- añadiendo que "el primer resultado de la Conferencia es que el grupo formado por los Estados Unidos y otras naciones americanas se encuentra unido por una unidad admirable de principios y de proposiciones que afectan los destinos de cada nación." Otra importante publicación que en el pasado había sido completamente tibia y escéptica, dijo: "Merced a la labor sincera e inteligente de la Conferencia, los horizontes del suelo libre de las tres Américas brillan magníficamente bajo un cielo despejado." Estas expresiones constituyen justas valorizaciones de la labor de la Conferencia tal como se la considera generalmente en las naciones que se encuentran al sur de la nuestra.

En Montevideo nació un nuevo espíritu inspirado por la política del buen vecino. Fué el espíritu contenido en la máxima de oro -- "no hagas a otro lo que no quieras para tí" -- que no obstante ser una vieja regla de conducta universal, demasiado frecuentemente ha sido echada al olvido por las naciones así como por los individuos. En la Conferencia se realizaron todos los esfuerzos posibles para restablecer su antiguo y potente significado y para urgir al mundo entero a que nuevamente se adapte a sus sabias normas. El hacer esta proclama y el sentar este ejemplo, en época en que otras naciones más antiguas corren el peligro de llegar a la decadencia por apearse con terquedad a ideas arcaicas y por aplicar políticas insensatas y peligrosas, inclusive la odiosa y más que infame institución de la guerra, fueron en todo tiempo los propósitos inquebrantables de las 21 delegaciones patrióticas, cristianas y humanitarias que se reunieron en Montevideo. Los delegados comprendieron claramente que el nuevo mundo pasaba por un momento crítico y que era ineludible deber de la conferencia el sonar una nueva nota, el patentizar un nuevo espíritu y el proclamar un nuevo día en los asuntos políticos, económicos, pacíficos y culturales de este hemisferio.

Los delegados que asistieron a la conferencia se movieron como un solo hombre hacia los fines perseguidos. La delegación de los Estados Unidos proclamó por doquiera la política del buen vecino que tan bien ha definido el Presidente Roosevelt cuando dijo: "El buen vecino se respeta resueltamente a sí mismo y al hacerlo así respeta los derechos de los demás." Esta doctrina hace un llamado a todas las naciones del mundo asegurándoles que todas se encuentran seguras dentro de sus fronteras, en sus derechos y en su honor, y que nada se les pedirá que no pueda ser justificado ante el derecho de gentes o aprobado por la conciencia de la humanidad. Este código modernizado de conducta entre las naciones fué aprobado cordialmente y aceptado por todos los delegados. Los representantes de los Estados Unidos solemnemente reiteraron este programa de liberalismo bien entendido, de honestidad, de respeto mutuo por la independencia, soberanía y los derechos de las naciones. El llamado derecho de conquista fué denunciado y condenado para siempre.

Todos los que tengan aún conocimiento superficial de las cosas estarán de acuerdo en que durante dos generaciones no ha habido relaciones de cooperación realmente estrechas o eficaces entre las 21 Repúblicas americanas; en que se han perdido vastas oportunidades para el fomento de su bienestar mutuo; y en que existe una necesidad imperiosa de establecer un mejor entendimiento en las Américas. Los delegados de Montevideo se consagraron todos los días a estos elevados propósitos y aspiraciones y al clausurarse las sesiones de la Conferencia había ocurrido ya una revolución completa en los sentimientos de todas las naciones americanas notándose una actitud cordial de amistad, de entendimiento y de confianza implícita en los motivos y propósitos de las

naciones hermanas. Estas relaciones íntimas y sin reservas que habían faltado tristemente en el pasado, constituyen el cimiento insustituible sobre el cual deben descansar los movimientos cooperativos para el beneficio mutuo de los 240 millones de habitantes de este hemisferio.

Quisiera poder definir y dar cuerpo a este resultado intangible, pero importantísimo de la reciente Conferencia, sin el cual los pueblos de este hemisferio continuarían como en el pasado condenados a vivir en 21 naciones casi separadas y recluidas en sí mismas, y considerablemente aisladas entre sí política, económica y culturalmente. Sin este espíritu de simpatía, de cooperación y de colaboración mutuas no existiría virtualmente organización colectiva de individuos en ninguna parte que pudiera estimular el interés y el bienestar colectivos. Y lo que es cierto de las colectividades es cierto también de las naciones.

Una vez que hubo colocado en esta forma los cimientos sólidos para el progreso panamericano del futuro en la escala más amplia, y dado un ejemplo de unidad, solidaridad y cooperación a las naciones que viven en discordia y sin armonía en otros hemisferios, la Conferencia de Naciones Americanas procedió entonces a delinear programas concretos y definidos para el fomento de la paz, del progreso y de la prosperidad comunes de los pueblos de estos dos continentes.

La factibilidad de la cooperación internacional como método para promover los intereses mutuos de las naciones fué demostrada nuevamente en la conferencia. Debemos admitir, también, que en dondequiera que hay naciones con propósitos, intereses y objetivos comunes, sufrirán pérdidas inmensas si dejan de cooperar en forma práctica entre sí. Todas las naciones americanas, pues, pueden promover sus respectivas civilizaciones, su desarrollo intelectual y cultural, su paz, su comercio y muchas otras relaciones lógicas de grande y perdurable beneficio para todas.

Las actuaciones completas de la Conferencia fueron un sincero y fervoroso jubileo pro paz. Los cinco instrumentos de paz de este hemisferio, que hasta la fecha han sido ineficaces en virtud de que no habían sido suscritos por 15 gobiernos, con el resultado de que se ha permitido la ocurrencia de dos guerras, fueron prontamente reforzados con la firma o con el compromiso de firma por parte de los 15 gobiernos rehacios.

Desde los primeros instantes de la Conferencia se demandó insistentemente la paz en el Chaco. Todos los delegados condenaron apasionadamente la guerra como una mancha de la civilización, como una reliquia del barbarismo, completamente injustificable en virtud de que existe maquinaria adecuada para el arreglo pacífico de todas las disputas entre las naciones. Ninguno de los países adyacentes a la controversia del Chaco alentará o justificará todo nuevo intento por parte de cualquiera de los dos países interesados de continuar luchando en los campos de batalla. Durante la conferencia se logró que se llegara a acordar un armisticio de unas cuantas semanas. Las negociaciones por conducto de la Comisión de la Sociedad de las Naciones continúan adelante. Existen suficientes razones para tener la esperanza, por no decir la certeza, de

que la Conferencia de Montevideo dejó sentadas las bases para un retorno al buen sentido y a la paz en el Chaco en fecha no muy lejana.

Y mientras las naciones Americanas consagraban en esta forma todos sus esfuerzos y emociones a la causa de la paz, con acciones y declaraciones concretas, algunos estadistas en otros países del mundo urgían políticas y actitudes que bien saben conducirían probablemente a la guerra, y otros numerosos estadistas ya no alzaban su voz en apoyo de la paz. Por lo tanto, en qué otra época hubiera sido más importante y más imperativo para las Repúblicas de este Hemisferio Occidental el clamar contra la guerra como la maldición suprema de la raza humana? En este problema vital, la Conferencia de Montevideo desempeñó notablemente todo su deber.

Las incalculables posibilidades de un comercio mutuamente provechoso para todas las Repúblicas Americanas han sido tristemente descuidadas hasta la fecha. Los recursos naturales de las tres Américas, sin igual en riqueza y variedad, se encuentran en gran parte sin desarrollar. Presentan, sin embargo, la base para un intercambio comercial igualmente provechoso para estas 21 naciones. Hasta fechas recientes las comunicaciones y el transporte entre los dos Continentes han sido indescriptiblemente insuficientes. Sin embargo, es sobremanera alentador que se hayan realizado ya ciertos progresos en este sentido. Es un axioma el que el comercio internacional es la corriente sanguínea de la civilización. Por su intermedio los pueblos se acercan, prosperan materialmente y pueden unir sus civilizaciones. Con un grado adecuado de iniciativa, paciencia y cooperación podría desarrollarse entre las naciones Americanas en unos pocos años, un gran volumen de comercio altamente provechoso para todas ellas.

Naturalmente, estos países - todos los países - se encuentran debatiéndose en difíciles condiciones económicas que deben ser resueltas como primer paso indispensable. La opinión pública se encuentra tan confusa con respecto a las causas y a los remedios del pánico como son caóticas las condiciones económicas de muchas partes del mundo. Durante una generación se nos enseñó que las barreras al comercio, suficientemente elevadas, garantizarían una prosperidad a prueba de pánico. Tanto nuestra patria como otros países importantes han aplicado durante 12 años obstrucciones casi herméticas para el comercio de artículos de competencia aún en grado ínfimo. Esto es lo que se llama aislamiento económico en su forma extremada.

Se nos había asegurado que las condiciones mundiales no tendrían efectos nocivos en la industria y los negocios de una nación amurallada en esa forma; y en cambio al presente se insiste que las principales causas de la depresión son factores de índole mundial. De la primera afirmación se desprendía el argumento de que el remedio mundial, en forma de cooperación internacional práctica en materia económica, no es necesario en grado importante para el restablecimiento comercial. Siempre se arguyó que el mantener fuera de las fronteras la importación de artículos remotamente competidores serviría para permitir un aumento

correspondiente de la producción nacional; pero en realidad durante varios años se ha notado una disminución constante en el volumen de la producción y del comercio interiores casi igual, en proporción, a la disminución del comercio internacional.

Las leyes y las reglas de la producción, del cambio y de la distribución, desarrolladas y puestas a prueba durante los últimos 200 años, muestran claramente los efectos desastrosos que tienen las obstrucciones exageradas contra el comercio internacional sobre la prosperidad comercial completa y estable y de que solamente por medio del cambio mutuamente provechoso de mercancías las naciones pueden hoy día reducir adecuada y permanentemente la desocupación, aumentar los precios internos y mejorar satisfactoriamente las condiciones económicas en general.

Deben abandonarse prontamente las rivalidades y los conflictos económicos destructivos. El mundo no puede resistir durante mucho tiempo la guerra económica que se está luchando en todas partes en la actualidad, con las finanzas y el comercio internacionales virtualmente destruidos por aranceles extra-elevados de toda índole y por cuotas, restricciones de cambio y otros embargos y prohibiciones. Todo el proceso del cambio y de la distribución del comercio ha estado dislocado durante largos meses. Las numerosas naciones cuya vida económica y cuya habilidad para pagar sus deudas dependen del comercio de exportación, se encuentran virtualmente incapacitadas; en tanto que otras naciones que tienen superávits que vender y deudas que cobrar, están sufriendo daños en extremo perjudiciales, como ha sido demostrado a los ojos de cualquiera persona inteligente durante los últimos cuatro años.

Cuando los mercados extranjeros aun de unas cuantas de las grandes industrias productoras de superávits de un país, son destruidos, estas industrias se derrumban pronta e inevitablemente, lo cual a su vez mina o disloca el nivel general de precios, la situación del crédito y toda la estructura económica del país. Los Estados Unidos hasta cierto grado se han visto en esta desgraciada situación especial. Debemos vender en el extranjero un volumen mayor de estos superávits. Muchos países de Centro y Sud América y otras partes del mundo que cuentan con materias primas de exportación se encuentran en condiciones aún peores.

Las restricciones artificiales y arbitrarias que han paralizado el comercio exterior durante años recientes deben ser reajustadas hacia abajo gradual pero definitivamente hasta que lleguen a un nivel razonable y moderado. Cualquiera nación que practica la política de imponer embargos y prohibiciones al comercio internacional, que es mutuamente provechoso para los participantes, ejecuta un acto de suicidio económico.

Los gobiernos de la mayoría de los países durante varios años

han estado bajo la influencia de los que favorecen el aislamiento comercial en sus formas más extremas. Todas las naciones del mundo enviaron delegaciones a la Conferencia Económica Mundial de Londres en donde se reconoció con franqueza la existencia de estas condiciones económicas claras y palpables; sin embargo, siguiendo una política de inercia, se notó sólo por parte de unas cuantas naciones la tendencia de atacar resueltamente la red de obstrucciones que ha llevado al nivel más bajo el antiguo vasto volumen de las finanzas y del comercio internacionales.

En medio de circunstancias tan desoladoras la Conferencia de Montevideo valerosamente atacó las políticas comerciales destructivas que en parte han causado la ruina comercial en todas partes, y exigieron que se bajen las barreras al comercio a un nivel moderado. La Conferencia no se contentó con una simple expresión de desaprobación sino que procedió unánimemente a proponer un programa definido, concreto y amplio de rehabilitación económica en el cual se combinarían una política de intercambio comercial mutuamente provechoso con las políticas y programas económicos internos que cada nación desee seguir.

¿Qué otro servicio más oportuno y valioso para este Hemisferio y para el mundo en general, exhausto por esta depresión inusitada, hubiera podido rendir la Conferencia de Montevideo, al presentar a cada Gobierno este programa completo de rehabilitación? ¿Quisiera tener la oportunidad en este momento de expresarlo en todas sus partes. Tal programa será materialmente benéfico en este país para toda industria eficaz, sea en el campo agrícola, en el minero o en el manufacturero.

Los pueblos de todos los rincones de este Hemisferio deben tener igual interés en cooperar para fomentar el progreso científico literario, cultural e intelectual, en general. La Conferencia adoptó una resolución en que urge a la prensa y a los servicios periodísticos a que dediquen mayor interés y espacio a las noticias relativas a las naciones de América y recomendó que se dé publicidad frecuente a artículos y a otro material original reproducido de otros periódicos, relativo al desarrollo político, económico y cultural de las otras Repúblicas. Todas nuestras naciones tienen valioso acervo histórico, científico y literario que sería de extraordinario interés y valor para los ciudadanos de todas las Repúblicas Americanas si pudiera ser asequible por medio de la prensa. En tal virtud ninguna de nuestras 21 naciones debería dejar pasar la oportunidad de hacer conocer a las demás los resultados de su civilización desde los puntos de vista artístico, cultural y científico.

Abrigo, pues, la esperanza sincera de que haya mayor diseminación de artículos descriptivos y analíticos, escritos con un criterio de verdadero entendimiento de los países, los pueblos y las civilizaciones de que tratan. Todos nosotros estamos viviendo nuestras vidas paralelamente, y fundamentalmente tenemos las mismas aspiraciones de

libertad y de progreso cultural. Por el hecho mismo de encontrarse en este Hemisferio, nuestras naciones son ya verdaderos vecinos.

Las gratas experiencias que derivé del contacto personal, me llevan a decir que no hay ciudadano de tipo más alto y más excelente del que conocí en mi extensa visita por Centro y Sud-América. Todos ellos mantienen elevadas normas morales y religiosas. Son tan amantes de la libertad, del derecho, de la justicia y de la igualdad como lo son los ciudadanos de cualquiera otra nación de este planeta. Nadie los supera en lo atractivo de su personalidad, en su gentileza, lealtad, benevolencia y hospitalidad. Los pueblos de las tres Américas tienen a su alcance la realización de un brillante destino. El éxito depende del grado de unidad, solidaridad y cooperación que estén dispuestas a practicar.

Mi anhelo y mi plegaria, por lo tanto, son que las cordialísimas relaciones de amistad, de confianza y de entendimiento cooperativo despertadas tan completamente en las mentes y los corazones de todos como resultado de la Conferencia de Montevideo perduren y fructifiquen abundantemente en las generaciones futuras.